

## El marxismo y los académicos

**Alción Cheroni**

Instituto de Filosofía  
Facultad de Humanidades y  
Ciencias de la Educación  
Universidad de la República

“Las contradicciones reales engendradas por el método de producción se han tornado tan evidentes, que ninguna teoría puede seguir ocultándolas, a excepción de ese amasijo profesoral del socialismo de cátedra, el que no es ya una teoría sino una baba.”

Engels, carta a Bebel del 20 de enero de 1886.

1. Estamos aquí como marxistas en estas jornadas de homenaje a los 150 años del *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels. Jornada la de hoy que tiene la singularidad de realizarse en el día que hace 30 años fuera asesinado Ernesto "Che" Guevara. En consonancia con el acontecimiento que nos convoca, el tiempo histórico y la coyuntura nacional e internacional, nuestra exposición tendrá una fuerte carga combativa. Esta es, para que nadie se confunda, por su contenido y finalidad una exposición política.

En esta ocasión analizaremos algunos aspectos de la situación del marxismo en este mundo académico creado por el capitalismo. En tal sentido mi interés está centrado en ese reducido núcleo de académicos que se autoproclaman socialistas e incluso marxistas, y, cuyas producciones, que se caracterizan por atacar los fundamentos del socialismo científico, influyen directamente en las concepciones antimarxistas que actualmente adoptan y difunden algunos intelectuales de nuestro país. Por tanto estarán excluidos de esta panorámica los académicos decididamente conservadores o

reaccionarios al estilo de K. Popper o de F.A. Hayek, quienes por su postura declaradamente antisocialista son enemigos de clase francos del marxismo.

Advierto, también, que no voy a explicarles el contenido del *Manifiesto Comunista*. La mayoría de los que están aquí presentes ya lo han leído y quienes todavía no lo hicieron es este un buen momento para hacerlo. La lectura directa del *Manifiesto* es la única manera de saber de qué se trata. Sin embargo, entiendo necesario tener que referirme a algunas cuestiones teóricas que están contenidas en el *Manifiesto*, y que son contra los que combaten la mayoría de los académicos, de tal forma que, aunque esquemáticamente, se sepa cual es mi posición ante la doctrina de Marx y Engels.

El *Manifiesto Comunista* es el programa del socialismo científico y de la revolución proletaria. En sus páginas se concentra teóricamente la experiencia histórica de la clase obrera en su lucha contra la burguesía. Es, por tanto, la guía estratégica y táctica para la conquista del poder por el proletariado; en tal sentido, Marx y Engels, enfrentados a otras tendencias socialistas, fundamentan la necesidad de la construcción de la vanguardia política del proletariado, *el partido comunista*, como instrumento imprescindible para el logro de los fines y objetivos de la clase revolucionaria.

En el *Manifiesto* se encuentran expuestos los principios teóricos del materialismo dialéctico e histórico y se presentan, todavía en embrión, las tesis centrales de la economía política socialista. Por todas estas cosas y otras más por todos conocidas, vale la pena estudiar el *Manifiesto* y, mejor aún, contribuir, desde las múltiples formas de la práctica social, a aplicar sus principios en la actual coyuntura histórica. El *Manifiesto* es un buen camino para que los jóvenes universitarios, salten por encima de los bloqueos de clase e incorporen un bagaje de conocimientos teóricos que les permitirá ingresar en el complejo proceso de las luchas de clases en en el

ámbito nacional, regional e internacional. En tanto siga subsistiendo el capitalismo los principios del *Manifiesto Comunista* seguirán vigentes.

2. No es tarea fácil defender los principios del marxismo en el mundo académico. En este medio se han tejido infinidad de obstáculos y mecanismos de censura y resistencia contra la presencia del marxismo. En esta etapa en que la impetuosa y desenfrenada expansión mundial del capitalismo financiero alienta una ofensiva reaccionaria sin límites contra el pensamiento socialista en general y con particular saña contra el marxismo, esos mecanismos se han afinado agravando la situación de los marxistas en los medios académicos. De ahí que debemos prestar particular atención a los mensajes públicos que nos transmiten los voceros ideológicos de las burguesías pro-imperialistas en América Latina, los cuales detrás de la estridencia de los tonos triunfalistas esconden amenazas, no por cierto teóricas, ante la inevitable insurgencia de las masas explotadas.

El mensaje de los explotadores es simple y claro: abandonen los principios y tendrán su recompensa. Lo preocupante es que algunos intelectuales "de izquierda" no solamente han aceptado el consejo (siendo la mayoría de ellos favorecidos con puestos administrativos y gerenciales en las instituciones públicas y privadas) sino que se han convertido en portavoces entusiastas de esa visión reaccionaria y pesimista sobre el socialismo que ahora domina bajo rótulos tan inocente y falaces como neoliberalismo, posmodernismo, globalización... Sin embargo la cosa no para aquí. Algunos de esos intelectuales van más allá y se han dado en practicar una especie de antropofagia contra los principios que hasta ayer decían adherir y defender. En esa línea se dedican a falsificar la historia del socialismo y exorcisar, con una retórica especiosa, el contenido científico y revolucionario de la teoría proletaria.

La burguesía tiene más que motivos para sentirse satisfecha por la actividad que despliegan estos profesionales académicos de la renegación. Son los herederos de una larga tradición de renegados del

socialismo y, por tanto, tienen una cartilla bien armada de cuestionamientos "teóricos", que bien leída es una reproducción casi a la letra de la sempiterna letanía de los revisionistas clásicos. No deja de ser un buen ejercicio repasar algunos de esos cuestionamientos, precisamente en estos momentos cuando hay gente que se agravia cuando se les recuerda que esta situación no es más que una etapa en el proceso de las luchas de tendencias en el seno del movimiento comunista internacional.

Los revisionistas contemporáneos -cuyo maestro fue N. Jruschov- manifiestan a los cuatro vientos que son "creadores" e "innovadores". Ni lo uno ni lo otro. Esta gente carece de capacidad creativa y lo máximo a que pueden aspirar como innovadores es plagiar a sus ancestros clásicos. Como aquellos éstos de hoy tienen sus fobias.

En el universo académico la economía política y la filosofía han sido siempre los campos más atractivos para atacar al marxismo. A nivel de la economía política hay una constante argumental en las críticas de los economistas académicos contra la economía marxista. Desde los ataques de Böhm-Bawer(1978) hasta Hayek toda la batería de argumentos están centrados contra la teoría del valor-trabajo, con lo cual los ideólogos de la burguesía tienden a defenestrar la teoría de la plusvalía, es decir, el mecanismo de la explotación capitalista. Estas críticas son retomadas periódicamente por los indómitos epígonos burgueses de Böhm-Bawer y von Mises y vulgarizadas por sus comparsas revisionistas, hasta arribar a ese "juego de abalorios" doctrinario que despliegan los ideólogos del liberalismo económico actual cuyo puntal es Hayek.

En el campo de la lucha contra la filosofía marxista la consigna tramposa es luchar contra el dogmatismo. Ser dogmático, para estos innovadores, es adherir a las tesis del *materialismo dialéctico*. Si se aspira a ser bien considerado por sus pares académicos como un intelectual creativo y pluralista, lo primero que hay que hacer es declararse enemigo del materialismo dialéctico. Para ello hay que

inventar un Marx para uso académico al cual hay que "salvar" de las perversiones filosóficas acometidas por Friedrich Engels contra la filosofía de la praxis. Existen una profusión de temas que han sido caballos de batalla de estos filósofos académicos que ilustran claramente su postura anti-marxista. En la década de los 60' se dio trámite académico a temas tales como la alienación, que conjugado con el redescubrimiento de los escritos del joven Marx, implicaba una forma de abordaje de cuestiones filosóficas desde una postura que se decía enfrentaba al sectarismo y dogmatismo estalinista. Temas como el indicado ilustran sobre el giro que tomaban los nuevos abordajes hacia los problemas centrales del marxismo que, con el pretexto de sortear los inexcusables obstáculos que había impuesto el dogmatismo, servían para destruir las bases materialistas y dialécticas de la filosofía proletaria. Pero además, estas líneas de abordaje muestran con elocuencia las trampas en las que se puede caer cuando no se efectúa una severa crítica política de la ideología dominante en el sistema académico. Si no se profundiza metodológicamente esa necesaria crítica de clase entonces es inevitable que los prejuicios idealistas afecten las investigaciones y la presentación de trabajos de los profesionales que practican la filosofía en el mundo colonial. El tema de la alienación, malbaratado en abordajes escolásticos que no hacían más que traducir al castellano (en nuestros casos) las procacidades filosóficas de la moda existencialista, terminó por justificar todas las tropelías que se venían procesando contra el materialismo dialéctico.

La monotonía temática de los artículos que pululan en las publicaciones periódicas y revistas referadas, expresa con elocuencia hasta qué grado opera la censura y el control que se ejerce contra el materialismo dialéctico. Muchos de los que viven del sueldo académico, puestos a la defensiva y necesitados de audiencia, deben adaptarse a los estándares normativos impuestos internacionalmente y seguir las modas temáticas que se imponen desde los centros

mundiales de poder. El adaptarse o morir darwiniano se ha transformado en la forma de conducta adecuada para subsistir en el universo académico.

En el campo epistemológico todo proceso de investigación sobre la estructura y desarrollo de la ciencia exige *problematizar* (he aquí uno de los términos que más idolatran los filósofos académicos) la existencia del mundo material y de la materia misma. Los discursos epistemológicos retornan, una y mil veces, a las tradicionales posturas contra el materialismo comunes al empiriocriticismo, al convencionalismo, al instrumentalismo, en fin, a todas las variantes admitidas del pragmatismo y del irracionalismo.

En tanto se pueda afirmar impunemente que "nadie sabe hoy a ciencia cierta lo que es la materia", la conclusión no puede ser otra más que ésta: "el materialismo es una doctrina confusa." (MOULINES, 1982. p. 357)

Más fuerte que los estímulos espirituales es la protección material que les ofrece la burguesía la que incita a los académicos a promocionar cualquier tipo de ataque al materialismo y simultáneamente a la dialéctica materialista (la bestia más negra del marxismo según los revisionistas clásicos). En tales operativos de defenestración se asumen, como si fueran novedosos, argumentos del estilo de los que utiliza Jon Elster en *Una introducción a Karl Marx* para quien, siguiendo los pasos de Eduard Benstein, la dialéctica:

"(...) no ofrece un método operacional que pueda aplicarse bajo promesa de buenos resultados (...) y tampoco produce leyes sustantivas del desarrollo histórico con predicciones precisas para casos concretos. (Es) una nebulosa de ideas tan vagas como sugestivas, que no ofrece instrumentos científicos con filo analítico." (Elster, 1992. p. 39)

En este caso los ataques de los "marxistas analíticos" contra la dialéctica siguen atados a los prejuicios empiristas de la tradición filosófica de la burguesía inglesa. Esa tradición fuertemente anti-hegeliana es el punto de partida de los fundamentos de las distintas

vertientes de la filosofía analítica y del estructuralismo. Así se nos presenta, para regocijo de los epígonos criollos, el libro de Gerald A. Cohen *La doctrina económica de Karl Marx. Una defensa*. Para todos estos bastardeadores del marxismo nada más adecuado que estos juicios de Engels:

"Lo que le falta a estos señores es dialéctica. Nunca ven otra cosa que causa por aquí y efecto por allá. (...) Para ellos Hegel nunca existió." (Carta de Engels a K. Schmidt del 27 de octubre de 1890. Marx-Engels, 1957. p. 314.)

3. Las versiones contemporáneas más consecuentes con los estilos académicos al servicio de la burguesía, en tanto se autodefinen de "izquierda", la ofrecen por un lado Jürgen Habermas y por otro ese nucleamiento heterogéneo de intelectuales del mundo capitalista desarrollado que los cobija bajo la denominación de "marxistas analíticos". Ciertamente cualquier lector no prejuiciado por los criterios normativos académicos queda perplejo ante la batería de argumentos sofisticados que estos personajes emplean contra el marxismo. Incluso las disputas inter-pares terminan en un barroquismo sin límites, que adquiere dimensiones demenciales cuando se ingresa en la lectura de los libros y artículos desde los cuales dicen explicitar sus diferencias.

Tanto Habermas como los integrantes más notorios del club de "marxistas analíticos" son consecuentes con la tradición oportunista del mundo académico. Cuando combaten al marxismo se adaptan "gatopardísticamente" a las cambiantes mareas coyunturales, y unas veces dicen y otras se desdicen según sea que sople el viento.

Un ejemplar perfecto de este estilo oportunista es el mencionado Gerald A. Cohen, con el cual algunos profesores de estas regiones mantienen un apasionado idilio, sin lugar a dudas porque a los renegados les provee de un arsenal de argumentos supuestamente ortodoxos contra el marxismo. La situación de Cohen dentro del grupo de los "marxistas analíticos" es paradójica. El mismo se presenta como un defensor ortodoxo de la teoría marxista, autodefiniéndose como un

"fundamentalista (¡sic!) del materialismo histórico" (Roemer, 1989. p.31) pero, a su vez, defiende una sedicente interpretación funcionalista del marxismo. Por tanto, la pretendida "ortodoxia" de este "fundamentalista" no podía dejar de provocar severas críticas y reacciones, incluso, en voceros de su propio entorno. Esas severas críticas le han obligado a retorcer, empleando una retórica inconvincente, lo que no deja de considerar laudado por su explicación funcional del marxismo: el carácter marginal de la lucha de clases en el proceso histórico. Según Cohen lo que explica el cambio histórico es la relación causal fuerzas productivas-relaciones de producción. Esta versión mecanicista-economicista de la teoría, -refutada una y mil veces por Marx y Engels- se expone literalmente a lo largo de las 360 pp. de la edición en castellano de su *opus* mayor, adobada con una sobredosis de fárragos especiosos muy adecuadas al "estilo analítico", es decir, ininteligibles. Para conformar a sus contradictores y atemperar su explicitada postura, esa sí, reduccionista de la peor especie, ha declarado: "no quiero negar que la lucha de clases es, siempre, esencial para la transformación social" (Roemer, 1989. p. 31), de manera de cubrir su déficit teórico, soslayando el punto central.

Sin embargo ninguna declaración puede ocultar lo que está inscripto en el núcleo de esa inefable interpretación del marxismo: su afiliación teórica a las tesis del revisionismo, matizada con una conducta oportunista como la señalada. En tal sentido este convencido "ayatolla" del marxismo tenía reservada una mayor sorpresa teórica: su adhesión a una supuesta explicación funcional del materialismo histórico. Al margen que el funcionalismo tiene una innegable raíz en el pensamiento reaccionario burgués (por lo cual debe ser atendido con una prudente reserva, necesaria aunque no excluyente para retacearle aportes a un pensamiento progresista: al respecto téngase en cuenta el papel de Malthus en la teoría de Darwin) el esquema funcional, como dice Feinmann "tiene el defecto de ser falso."

(Feinmann, 1996. p. 106) En tanto materialistas y dialécticos, ningún marxista en serio puede aceptar la explicación funcionalista de Cohen.

4. Los fundamentos "teóricos" de los discursos académicos contra la teoría de Marx y Engels están sostenidos en la premisa de que el marxismo está perimido por envejecimiento. Por lo tanto se explica, repitiendo la letanía de Jon Elster de que como "Marx fue una figura muy del siglo XIX", aunque encontremos en su obra "sorprendentes y frescas intuiciones", en definitiva lo que "encontraremos a cada paso (son) concepciones metodológicas trasnochadas." (Elster, 1982. p. 24) Tampoco este argumento es novedoso, adquirió su dimensión explicativa en la obra clásica de Bernstein, y, desde entonces hasta hoy día, se le repite hasta el cansancio la mayoría de las veces (¿por ignorancia?) sin reconocer a su verdadero autor.

Como colofón vale la pena reproducir en extenso los juicios de Michel Foucault, que son un verdadero compendio agresivo de todos los prejuicios académicos que se lanzan contra el marxismo:

"En el nivel profundo del saber occidental, el marxismo no ha introducido ningún corte real; se aloja sin dificultad, como una figura plena, tranquila, cómoda y ¡a fe mía! satisfactoria por un tiempo (el suyo), en el interior de una disposición epistemológica que la acogió favorablemente (dado que es justo la que le dió lugar) y que no tenía a su vez el propósito de dar molestias, ni, sobre todo, el poder de alterar en lo más mínimo ya que reposaba enteramente sobre ella. El marxismo se encuentra en el pensamiento del siglo XIX como el pez en el agua, es decir, que en cualquier otra deja de respirar. Si se opone a las teorías 'burguesas' de la economía y si en esta oposición proyecta contra ellas un viraje radical de la historia, este conflicto y este proyecto tienen como condición de posibilidad no la retoma de toda la historia, sino un acontecimiento que cualquier arqueología puede situar con precisión y que prescribe simultáneamente, sobre el mismo modo, la economía burguesa y la economía revolucionaria del siglo XIX. Sus debates han producido algunas olas y han dibujado ondas en la superficie: son solo tempestades en un vaso de agua. (Foucault, 1968. p. 256/257)

Si ignoráramos quién es el autor de estos párrafos cabría suponer que estas líneas fueron escritas por un delirante reaccionario, quien en su paranoia ha quedado descerebrado hasta el grado de no tener noticias de lo que ha pasado en el mundo desde 1848 a la fecha. Los

párrafos transcritos revelan que los académicos, aun aquellos que se reconocen como progresistas, son capaces de los mayores ultrajes a la inteligencia de la gente con tal de atacar al marxismo.

5. Con insistencia se nos repite que estamos viviendo la crisis terminal del marxismo y que el socialismo ha fracasado sin posibilidad de retorno. ¡Hasta se nos ha invitado a participar en la ceremonia de entierro del marxismo! Pero los hechos son tercos y lo que nos demuestran día a día es que lo que estamos padeciendo son los efectos negativos que sobre el movimiento proletario proyecta la profunda crisis del pensamiento burgués y la desmovilización ideológica que promueven los revisionistas. Las cosas hay que decirlas por su nombre. En estos momentos que se propaga como un axioma que las certezas están en crisis, los marxistas debemos atender especialmente la cuestión del revisionismo, que es el vehículo político desde el cual la burguesía corrompe al proletariado. Es tarea necesaria investigar las causas económico-sociales y gnoseológicas del revisionismo en las actuales condiciones del desarrollo de la lucha de clases. Del esclarecimiento y comprensión de la función del revisionismo en el seno del movimiento socialista depende el destino de la revolución y el futuro proceso de construcción del socialismo. La historia reciente es el ejemplo empírico más elocuente para comprender estos fenómenos. La acelerada involución hacia la restauración capitalista producida en los países del otrora "socialismo real", tienen su raíz en la descomposición revisionista de los partidos comunistas.

Actualmente el movimiento socialista está emergiendo de una profunda derrota y su recuperación pasa por consolidar en unidad de objetivos las filas todavía dispersas de la clase obrera y las masas populares y acelerar la lucha ideológica contra las tendencias burguesas y pequeñoburguesas. Nuevamente vuelve a estar en el orden del día la construcción de las vanguardias políticas, los partidos, del proletariado.

La historia del movimiento socialista es un ejemplo contundente del proceso dialéctico. Después de la derrota de las revoluciones democrático-nacionales de 1848, el movimiento proletario se fue lentamente reconstruyendo teórica y prácticamente. Dos hechos capitales cubren las dos décadas siguientes, hasta la Comuna de París: la creación de la 1a. Internacional en 1864 y la publicación del tomo primero de *El Capital* de Marx. La nueva etapa en el desarrollo revolucionario de la clase obrera se produce a partir de la insurrección obrera de París en marzo de 1871 que tiene su punto más alto al constituirse la Comuna de París, primer ensayo de dictadura del proletariado. La derrota de la Comuna significó otro largo período de reconstrucción que terminó con la creación de los partidos obreros de masas y la fundación de la 2a. Internacional en 1889. Hasta 1905 se procesó todo un período de construcción teórico-práctica de los partidos socialdemócratas. En las condiciones de un relativo desarrollo pacífico del capitalismo en Europa crece al interior del movimiento obrero un sector privilegiado, "la aristocracia obrera", que fortalece socialmente a las corrientes reformistas y oportunistas. La nueva situación exigió de los marxistas un combate sin tregua en defensa de los principios contra la tendencia revisionista liderada por Eduard Bernstein.

Sobre fines del siglo XIX se inicia una nueva etapa del capitalismo, la imperialista, la cual se destaca por el dominio y la expansión internacional del capital financiero, y el acrecentado avance de la concentración monopolista de la economía a escala mundial. Estos cambios radicales exigieron de los marxistas la profundización de las investigaciones sobre la estructura económica y social del imperialismo y el combate contra las tendencias filosóficas de corte idealistas que corrían los fundamentos teóricos de la doctrina.

La derrota de la revolución rusa de 1905 fue el inicio de otro período contrarrevolucionario que requirió de los marxistas un gigantesco esfuerzo en defensa de los principios puestos en tela de

juicio por los revisionistas. Ese fue un largo período de reacción ideológica que terminó minando y corrompiendo los partidos obreros al iniciarse la primera guerra mundial interimperialista. La larga sombra de la reacción contrarrevolucionaria se quiebra con el triunfo de los bolcheviques en octubre de 1917.

La toma del poder por los bolcheviques, la instauración de la dictadura del proletariado en Rusia, dió inicio a la más grande experiencia histórica en la construcción del socialismo. Este acontecimiento implicó un giro radical en la historia mundial que aun hoy, en las condiciones de derrota, sigue siendo una fuente de estímulos teóricos fundamentales para el desarrollo y profundización de las luchas de la clase obrera contra el capitalismo.

Lo que sigue es suficientemente conocido. Las derrotas sucesivas de los movimientos revolucionarios en Europa oriental y central provocó el aislamiento de la revolución en los límites de Rusia. A su vez, la recomposición y estabilización de la economía capitalista posibilitó la expansión mundial del sistema, ampliando las zonas de dominio colonial. Pero el sistema capitalista ha subsistido superando sucesivas crisis, que terminaron enterrando definitivamente las políticas democrático-liberales con el surgimiento del fascismo, que formalizó en la práctica la ideología reaccionaria de las burguesías imperialistas. Los antagonismos entre las potencias imperialistas terminaron con el conflicto armado de la segunda guerra mundial. La posterior ruptura de las alianzas contra el Eje determinó el surgimiento de la estrategia de bloques de la "guerra fría" y el desarrollo de procesos revolucionarios socialistas como la revolución china (1949) y la revolución cubana (1959) y las luchas de los pueblos coloniales contra el imperialismo. En tal agitado panorama mundial se produce la crisis del movimiento comunista internacional originada por la degeneración revisionista y burocrática en los partidos comunistas y estados del "socialismo real". El fracaso de la revolución cultural en China y la crisis terminal de las conducciones revisionistas ha

generado un proceso de restauración capitalista en los otroras países socialistas. Estos hechos son parte del inmenso material empírico que deberá ser integrado a los análisis teóricos y políticos a fin de procesar la inmensa tarea de restauración de los principios del marxismo en esta etapa de la lucha de clases.

El capitalismo está hundido en una profunda crisis estructural. La salida para sobrevivir es conocida: acrecentamiento de la explotación de los trabajadores asalariados y la pauperización creciente de amplios sectores de la pequeñaburguesía y de las capas medias de la ciudad y del campo. Su logro más efectivo es agudizar la marginación de las grandes masas populares, y ofrecer miseria y guerras. Frente a esta situación el marxismo posibilita una explicación científica de nuestra época y es la guía política y estratégica para salir del pantano. Sin embargo, algunos catedráticos que dicen ser de "izquierda" en vez de sentirse estimulados por estos retos y contribuir al combate contra la explotación, se colocan del lado de los explotadores y les siguen ofreciendo armas para combatir al marxismo. Más aún, hoy como ayer, funcionan socialmente como la avanzadilla de la burguesía en su lucha contra el socialismo científico.

6. Volvamos a la inicial pregunta: ¿cuál es la situación concreta del marxismo en el mundo académico capitalista? Esta interrogante encierra varias cuestiones que trataremos de precisar. Su elucidación nos permitirá tender algunas pistas para responder a la cuestión central que en este tiempo nuestro de tantas renegaciones nos preocupa, y que plantearemos con otra pregunta: ¿Cuál es el papel que deben cumplir los marxistas en el mundo académico capitalista?

Empecemos por el principio. Desde hace 150 años el marxismo vive en aguda y constante tensión con el sistema académico creado por la burguesía. Esta tensión hunde sus raíces en las profundas contradicciones culturales que provoca el socialismo científico cuyo objetivo explicitado por Marx en la XI Tesis sobre Feuerbach, es *cambiar el mundo*. Es este un fin político de clase que agrede a un

sistema, cuyas instituciones y comunidades que lo componen, tienden a producir conocimiento científico, cuyo referente orientador es dar satisfacción a los intereses económicos y sociales de la clase dominante: "...cuando el capital pone a la ciencia a su servicio, impone siempre la docilidad a la rebelde mano del trabajo." (Ure, cit. en MARX, 1987. I, 2. p. 531)

Sometidas a la presión material e ideológica que este contexto, las instituciones y comunidades que componen el sistema académico actúan en su doble función de apologistas y de reproductores de la ideología burguesa. A lo sumo y casi en los límites de lo que le permite la "lógica y la policía" (Marx) los integrantes de las comunidades científicas llegan a presentar proyectos y programas que no van más allá del perfeccionamiento de las estructuras académicas oficiales. Traspasar esos límites es una aventura que se censura y se reprime. De ahí que el espacio que se le pueda conceder a los marxistas, que por principio deben romper con los límites, no sólo es estrecho sino que su actividad estará siempre bajo sospecha y será permanente controlada. El control-censura opera como un mecanismo represivo en las variadas instancias del proceso de construcción de conocimiento y en los debates epistemológicos. La rigurosidad formal del sistema académico (lo que se conoce como estándares de eficiencia) implica que quienes lo integran deben someterse a criterios normativos inviolables. Ese criterio normativo es lo que los filósofos denominan *argumentación racional*. Esta prescripción argumental se funda en una concepción de clase de la racionalidad. Es la razón burguesa la que se expresa y se ejecuta a través de esas normas institucionalizadas. De ahí que, por tomar un ejemplo, Jon Elster autor de conocidas obras sobre el marxismo, se permita ajustar sus cuentas tergiversando la metodología de Marx al acusarlo de "falta de control intelectual".

Al asumir el papel de productores y propietarios exclusivos de los conocimientos, las comunidades académicas ofician de controladores de la ciencia. En tal condición se encargan de transformar la ideología

de la clase dominante en prescripciones epistemológicas. Como esas prescripciones admiten pacíficamente variadas conceptualizaciones, es normal que proliferen tendencias epistemológicas enfrentadas unas a otras. Este despliegue de tendencias permite que el sistema académico tenga la apariencia de un universo donde se practica democráticamente la confrontación de opiniones. Sin embargo, los niveles jerárquicos que conforman la estructura de poder del sistema son obstáculos concretos y muy resistentes al despliegue de prácticas democráticas. Existe en el mundo académico capitalista un riguroso disciplinamiento con el fin de que sus integrantes acepten pacíficamente la práctica de variados métodos de censura y oficien como sus ejecutores contra cualquier violación al ethos ideológico impuesto por la clase dominante. Tratándose del marxismo el sistema estimula prácticas sistemáticas de persecución que, en coyunturas como las actuales, tienen como operadores a reconocidos renegados del comunismo. Estos personajes, cuyo origen social es la pequeñoburguesía, desmoralizados por la derrota y la incertidumbre que pesa sobre su situación personal al perder la protección del "bastón de mando", fungen como "celestinas" de la burguesía. Función que al interior de los sistemas científicos y educativos en nuestros países, cumplen con ejemplar eficacia.

En el universo académico la persecución y la censura se efectúan bajo el piadoso manto de proteger al sistema científico de quienes violan sus preceptos básicos. Así, los argumentos epistemológicos y las prácticas metodológicas, que algunos petulantes llaman desiderata, se emplean para justificar la acción del censor de turno.

Para entender en todo su alcance cómo funcionan estos criterios académicos es interesante reproducir esta crítica del narciso Elster contra Marx:

"Cualquier lector de los escritos económicos más importantes de Marx se habrá visto sorprendido por el modo en que discute las ideas de sus oponentes. Sólo en ocasiones sigue la práctica académica normal de reconocer los méritos de sus posiciones. Con

mucha frecuencia adopta un enfoque reduccionista en el que las aportaciones de otros escritores no representan tanto enfoques alternativos a la misma realidad económica, como parte de la realidad que hay que explicar." (Elster, 1992. pp. 183-184)

La lectura de este párrafo no deja lugar a dudas sobre la "honestidad" intelectual de este tipo de académico cuando se enfrentan al marxismo. Lo primero que hacen es falsear los hechos. Nadie tanto como Marx ha reconocido el valor de las ideas de sus oponentes. Por eso es bueno preguntarse ¿a qué lectores se dirigen los críticos académicos de Marx? Sin lugar a dudas piensan en un lector ignorante, complaciente, cómplice o totalmente descerebrado. Lo segundo, es calificar de reduccionistas a los marxistas cuando analizamos los límites de clase de las teorías burguesas. Precisamente en este punto la metodología marxista les resulta insoportable, en tanto es un espejo en el cual no quieren mirarse porque les descubre su verdadero rostro de clase: intelectuales pequeñoburgueses servidores de la burguesía imperialista. En cuanto afirmar que "la práctica académica normal (es) reconocer los méritos" de las posiciones de los oponentes es un chiste de mal gusto. Si no alcanzara con leer la infinidad de artículos y libros que se han escrito sobre el tema, para rebatir a Elster basta con mirar para el costado y ver en funcionamiento los usos de operativos perversos (falsificación de datos, plagios, mutilación de citas, etc.) que se aplican entre sí los propios académicos.

A estos narcisos sólo les cabe como respuesta transcribir los conceptos que sobre Marx han hecho intelectuales (estos sí) relevantes del mundo académico burgués, como es el caso del economista Joseph A. Schumpeter.

"No podemos hablar aquí de lo que es más importante en la obra de Marx: de la fuerza prodigiosa que le permitió crear un arsenal de ideas, puestas a la disposición de una tendencia política determinada y un ejército de consignas, siempre a punto de ser utilizadas y de una sorprendente eficacia, de esta pasión calentada al rojo, que fascinó a compañeros y adversarios, de este estilo de profeta que hace de sus escritos una obra única en su género. Esto es, ante todo, lo que explica su éxito y lo que hizo salir el marxismo de los límites de la ciencia propiamente dicha. (...) No

obstante, sería injusto deducir de ello, o creer que la obra de Marx no es, fundamentalmente, científica y que su pensamiento es, simplemente, función de sus objetivos políticos. (...) Hemos de considerar, pues, su obra como un trabajo minucioso, basado en un saber muy amplio. (...) Sólo se le puede negar a Marx su originalidad en el sentido en que se le puede negar a cualquier otro autor. Sin embargo, no tuvo solamente originalidad, sino también unas dotes científicas de primer orden. (...) Marx sentía, en su más alto grado, la necesidad de un análisis científico y no se satisfizo nunca con estudios de detalle, lo cual, por otra parte, contribuyó a su éxito en Alemania: en la época en que apareció su Tomo I [*El Capital*, A.Ch.], no había nadie en aquel país que pudiera medirse con él, ni en vigor intelectual ni en saber teórico. (...) Así, Marx había de convertirse en el maestro de muchos no socialistas (en particular del propio autor)." (Schumpeter, 1963. pp.126-128)

***7. Las alternativas de las luchas de clase emprendidas por el proletariado a partir de la Comuna de Paris (1871) obligó a la burguesía a tomar en serio las tesis marxistas. La derrota de los comuneros puso al rojo vivo la capacidad teórico-práctica de la clase obrera y señaló un punto de inflexión radical en el proceso que llevaría al proletariado, conducido por los marxistas, a la conquista del poder en Rusia.***

Antes de la Comuna de Paris la burguesía había adoptado como táctica frente al marxismo lo que Marx denominó "la conspiración del silencio". La derrota de la Comuna impulsó, a través del desarrollo de una autocrítica profunda, el avance del socialismo científico en el movimiento proletario, que se extendió hacia otras clases y capas sociales de las sociedades capitalistas europeas. Precisamente fue la profundización de la autocrítica emprendida por Marx y Engels la que al rearmar teóricamente al movimiento obrero derrotado, obligó a la burguesía a cambiar su táctica de silencio. A partir de las últimas décadas del siglo XIX a la burguesía no le alcanza con marginar social e institucionalmente al marxismo, por tanto, encomienda a los intelectuales a su servicio la tarea de interpretar (el término justo es *falsificar*) la doctrina de Marx y Engels. En tal contexto, el socialismo científico comienza a tener audiencia, por supuesto de enemigos, en el mundo académico. Significativamente proliferan un sinnúmero de trabajos sobre la teoría de Marx que, al originarse en las instituciones

científicas oficiales, reducen sus críticas a las tesis marxistas con la presentación de contraargumentos teóricos sacados del arsenal de la filosofía y economía burguesas. La lucha de clases queda instalada en el seno del sistema científico del capitalismo, por obra y gracia de quienes la repudian.

Las vicisitudes de esa lucha contra el marxismo es interesante. Los discursos y metodologías adquieren formas específicas (el contenido no varía) según la coyuntura que vive el sistema burgués. De ahí que en los momentos de mayor exaltación académicos burgueses, como el caso de Benedetto Croce, que había coqueteado con las tendencias revisionistas del marxismo, se atrevió a decretar hacia 1911 la muerte del marxismo. (Croce, 1914). Actualmente, otros académicos de esta misma especie, pero significativamente de menor jerarquía intelectual que el filósofo italiano, quizá porque su ignorancia o vanidad no les permite enterarse de lo que otros intentaron sin éxito, estimulados por el impulso reaccionario, se postulan como enterradores del marxismo.

***Veamos en la práctica cómo opera el ya mencionado Gerald A. Cohen, un notorio falsificador del marxismo. Nada mejor que leer transcribir algunos párrafos de su obra más reconocida y publicitada, que ya hemos citado, cuyo título más que una ironía es un insulto:***

"En una carta, muy citada, Marx atribuía a los historiadores burgueses el descubrimiento de la importancia de la lucha de clases, reservándose para sí el honor de haber determinado que las clases y el conflicto entre ellas se limitan a un período finito de la historia." (Cohen, 1986. p. 142)

¿Qué es lo que realmente dice Marx en la carta mencionada?

"...En lo que a mí respecta, no ostento el título de descubridor de la existencia de las clases en la sociedad moderna, y tampoco siquiera de la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, los historiadores burgueses habían descrito el desarrollo histórico de la lucha de clases y los economistas burgueses la anatomía económica de las clases. Lo que yo hice de nuevo fue demostrar: 1) que la existencia de las clases está vinculada únicamente a fases particulares históricas del desarrollo de la producción; 2) que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del

proletariado; 3) que esta misma dictadura sólo constituye la transición a la abolición de todas las clases y a una sociedad sin clases." (Carta a Weydemeyer del 5 de marzo de 1852)

Por algo Marx cuando tenía que referirse a intelectuales como éste no se cansaba de citar los versos del poeta Heine: "He sembrado dragones y he cosechado pulgas."

La maniobra manipuladora de Cohen no es una novedad. En el Prólogo a la 4a. edición (alemana) de *El Capital*, Engels describe la "trenza profesoral urdida a lo largo de dos decenios (contra) la escruposidad literaria de Marx." (Marx, 1987. I, p. 37)

Esta táctica de falsificación, ocultamiento y tergiversación que los académicos emplean contra el marxismo tiene un directo consumidor y colaborador eficaz en *las tendencias oportunistas*, que surgidas en el seno del propio movimiento político del proletariado sirven a los intereses de la burguesía. El oportunismo contribuye socialmente a fertilizar el campo de la lucha contra el socialismo científico. Cuando los académicos comenzaron a generar *críticas* contra los principios del marxismo encontraron aliados naturales en los oportunistas, quienes como portadores de la ideología burguesa en los partidos obreros, se nutrían de estos argumentos "teóricos" para justificar su renegación.

Sirve, para explicar este entrelazamiento, evocar la inequívoca relación de la corriente revisionista encabezada por Bernstein con las tendencias neokantianas y con la escuela marginalista en economía. De esas fuentes surgieron los argumentos contra la dialéctica materialista y la teoría del valor-trabajo de Marx. De tal manera se impulsaron los proyectos de adocenamiento del marxismo, y se estimuló el enclaustramiento de la doctrina proletaria en las instituciones académicas capitalistas con la doble finalidad de que las comunidades científicas se apropiaran de sus valiosos elementos teóricos y los devolvieran como despojos "inofensivos" al uso social. Desde las dos últimas décadas del siglo XIX las comunidades académicas, protegidas por la burguesía y estimuladas por la división del trabajo con los oportunistas, pretenden que sus integrantes sean

avalados como los únicos intérpretes fieles de la teoría proletaria y que se les considere como los promotores de su desarrollo creativo. Este es un programa que no solamente sigue vigente, sino que se presenta como el único posible frente a la desmovilización ideológica imperante.

Al respecto son elocuentes y significativas estas conclusiones que tomamos del ensayo anticomunista que Jürgen Habermas escribiera bajo el título *¿Qué significa el socialismo hoy?*

"Como ocurrió con la práctica política, también la tradición teórica fue alcanzada hace mucho tiempo por la diferenciación institucional. El marxismo se ha convertido en un método de investigación más de los tantos que integran el mundo académico. Esta academización indujo indispensables revisiones y la cruza con otras perspectivas teóricas. (...) Desde entonces, la autocrítica del marxismo occidental se desarrolló básicamente en el interior de las universidades, produciendo un pluralismo mediado por la discusión académica." (Habermas, 1992. p. 28)

Debemos prestar especial atención a estas afirmaciones de un intelectual integrado al *establecimiento* del capitalismo financiero que entre otras propuestas ha pretendido *reconstruir (más bien destruir) el materialismo histórico*, desde su gabinete de catedrático. Esa "reconstrucción" la ha hecho en base, atiéndase bien, a "...los planteamientos teóricos de un marxismo academizado, como es el mío." (Habermas, 1994. p. 401)

Enceguecido por la ideología burguesa Habermas *olvida* que la autocrítica del marxismo siempre se ha producido en el marco de las luchas de clases, no al interior de las universidades. En nuestro siglo XX la autocrítica y el desarrollo creativo de la teoría se originó en las revoluciones proletarias y democrático-nacionales antiimperialistas. El proletariado revolucionario no necesitó de los Habermas y Cia. para desatar un proceso de transformaciones de la teoría marxista. Lo concretó desde su propia práctica revolucionaria. El marxismo que tuvo su bautismo inaugural en las revoluciones democrático-nacionales del 48', está hoy encarnado en la actividad teórico-revolucionaria de millones de seres que siguen luchando por el socialismo. Las revoluciones en Rusia de 1905 y 1917, la revolución

China, las revoluciones anticolonialistas en los países coloniales y dependientes, la cercana revolución cubana, son ejemplos significativos de que la teoría, sin renegar de los principios, se desarrolla creativamente por la práctica social y política de las masas. Esta es, además la razón de ser del marxismo, y la herencia siempre vigente, a la cual ningún marxista reniega a pesar de las derrotas y traiciones. "Un marxismo academizado" es, además de un contrasentido, una forma elegante de traicionar el programa del socialismo científico.

Lo que nos dice Habermas es concluyente. Encerrado en el interior de las universidades, el marxismo se trasmuta en una de las tantas variantes metodológicas que pueden ser utilizadas para interpretar los fenómenos sociales, sin que ello implique aceptar, (por el contrario, lo que se hace es decapitar) la matriz revolucionaria de la teoría proletaria. El discurso académico sobre (contra) el marxismo esfuma su raíz de clase y la vinculación de la teoría con las luchas de clase del proletariado por la conquista del poder. Se desmonta el carácter revolucionario de la teoría y a quienes, al interior del sistema, defienden los principios se les tilda de reduccionistas, sectarios, dogmáticos, "no problematizadores" y otros calificativos de la misma especie. Este es un programa ya viejo que tuvo representantes ilustres y se expuso en una serie de obras académicas paradigmáticas publicadas a principios de siglo. Esas obras son testimonio de la continuidad de un modelo y una estrategia, que siguen vigentes, en el discurso académico. Su lectura ilustra de las sugestivas coincidencias en títulos, índice de temas y, por supuesto, objetivos entre esas obras ya clásicas con las de los actuales objetores académicos del marxismo. Ejemplos no faltan. Entre otros, se pueden evocar, como representativos de la asimilación académica del marxismo, los libros de M. Tugan-Barawosky, *Los fundamentos teóricos del marxismo* y el del economista norteamericano Edwin Seligman, *La interpretación*

*económica de la historia*. De la obra de Seligman extraemos este párrafo que refiere a la "neutralidad política" del materialismo histórico:

"...la doctrina de la lucha de clases no es en modo alguno una conclusión lógica de que los factores materiales económicos son los elementos determinantes de la historia. (Es decir,) la versión socialista marxista de la interpretación económica de la historia no es inevitable, ni defendible." (Seligman, 1963. p. 92/nota 1)

***Aunque Gerald A. Cohen, Habermas, Elster, etc., no los citen, en Tugan-Barawosky y Edwin Seligman, y tantos otros, está expuesta con plenitud su aberrante interpretación de la teoría económica de Marx. Los otros referentes son los representantes más conspicuos de las tendencias revisionistas clásicas. De Bernstein tomó su repudio a la dialéctica y a la teoría del valor y de Kaustsky el dogmatismo determinista sobre el papel de las fuerzas productivas y, su repudio a la dictadura del proletariado.***

8. Al tener que confrontarse con el marxismo revolucionario los académicos se presentan como defensores del pluralismo. Y sin duda lo son. Precisamente, porque los marxistas no somos ni relativistas, ni constructivistas, ni irracionalistas, sino materialistas dialécticos, es decir racionalistas y monistas, rechazamos ese hijo bastardo del eclecticismo que es el pluralismo gnoseológico.

Pero el operativo tiene otro alcance. En colusión con los oportunistas este estilo filosófico termina por, como señaló enfáticamente Lenin, "introducir en el socialismo ideas burguesas y elementos burgueses."

Cualquiera persona medianamente instruída sabe lo que Marx, Engels y los marxistas entendemos por socialismo y comunismo, por tanto, nadie en su sano juicio tomará el libro del "marxista analítico" Gerald A. Cohen, *La teoría de la historia de Marx. Una defensa*, para informarse sobre cuestiones que estos intelectuales están incapacitados para entender. Sin embargo no podemos dejar pasar por alto sus afirmaciones y absurdas argumentaciones, teniendo en cuenta que muchos docentes lo siguen recomendando a los

estudiantes como un "excelente texto" de introducción al marxismo. Valga, entonces, la cita que reproducimos más abajo, en la cual expone su visión académica del marxismo para ilustrarnos hasta qué nivel de aberraciones puede llegar un "marxista analítico". Ahí se declara que en su libro: "(...) hablará extraordinariamente poco (...) de los conflictos de clase, la ideología y el Estado." (Cohen, 1986. p. XVI)

En una obra cuyo autor se presenta como defensor del marxismo, se nos dice en letras de molde que no se va a hablar de la experiencia histórica de la clase revolucionaria. ¿Qué clase de marxista es este "defensor" académico de la teoría de la historia de Marx que pasa por alto nada menos que la clave de la teoría: *la lucha de clases y la dictadura del proletariado*? Ciertos defensores de este falsificador académico del marxismo justifican esta aberración sosteniendo que en su libro Cohen no se ocupa ni de la revolución ni del Estado. Estamos de acuerdo, entonces, que no se ocupa del marxismo. De paso algo hemos aprendido: como los académicos son gente seria, sólo se ocupan de temas serios, y, por supuesto, las cuestiones fundamentales del marxismo no alcanzan el grado de "seriedad académica" requerido para ser tratadas en un libro que, según lo que propagandean el autor y sus secuaces, se "defiende" la teoría de la historia de Marx.

Lo menos que podemos decir es que estamos en presencia de un "marxista" por demás extravagante, que desdeña abordar el problema de la ideología, obviando nada menos que los mecanismos, que a nivel superestructural, utiliza la burguesía para dominar al proletariado, y, para el cual, carece de interés la dilucidación de las cuestiones teóricas claves relacionadas con la construcción y papel del partido revolucionario. Este es un "marxista" que incita a tirar por la borda la cuestión del Estado sobre la cual giran todos los problemas fundamentales de la teoría.

***Pero nada amilana a este buen académico, que después de tantos dislates tiene el coraje de presentarse como el inventor de***

***"una interpretación parcialmente nueva del comunismo" (Cohen, 1986. p. XVII). ¡Nada menos! Desde su confortable estudio universitario, asume el papel de magister para explicarle a la clase obrera del mundo, qué es el comunismo. Como especula, al igual que los contradictores universitarios de Galileo sobre "un mundo de papel", olvida que la clase obrera tiene sobre sí una experiencia histórica formidable, forjada por triunfos y derrotas desde la Comuna de París hasta la revolución cubana. En beneficio de inventario no puedo resistirme a reproducir la frase siguiente, que sin lugar a dudas figurará en letra destacada en próximas antologías del disparate: "La revolución socialista acaba con el fetichismo y la etapa de comunismo a la que ésta lleva puede ser descrita como la conquista de la forma por la materia." (Cohen, 1986. p. 143)***

Lo que causa más admiración es que este académico que según sus apologistas no se ocupa ni de la revolución ni del Estado, nos muestre una visión de la sociedad comunista a la cual se llega sin la lucha de clases, sin la toma del poder y sin la dictadura del proletariado. Cohen y su cohorte de adulones hace posible lo imposible: nos enseñan como va a ser la sociedad comunista "hablando extraordinariamente poco" de la revolución proletaria. ¿Utopismo? Ni siquiera eso, en tanto los utopistas clásicos tuvieron plena conciencia de la realidad social del capitalismo. No debemos ensuciar a los utopistas con estas fantochadas. Lo de Cohen es simplemente primitivismo liberal.

***Por otra parte, este galimatías que se quiere hacer pasar por la última palabra de la filosofía, refuta a quienes dicen que el opus magno de Cohen no debe criticarse políticamente. Se alega que la producción de los "marxistas analíticos" no está dirigida a dirimir disputas y/o divergencias de partido. Podrían aceptarse estas argucias argumentales si Cohen (o Elster, o Habermas, etc.) no ingresaran directamente en la controversias ideológicas***

***contemporáneas adoptando una postura revisionista. Se parapetan de "la agresión dogmática" cuando afirman (como la hace Cohen) que no van a hablar de la lucha de clases o de la revolución e inmediatamente nos abruman sobre lo que debemos entender qué es el comunismo.***

9. Las comunidades académicas del capitalismo, han sido y son - por razones de clase e institucionales- hostiles al marxismo. En tanto el público al cual se dirigen los marxistas es la clase obrera y las masas populares explotadas, el auditorio de los académicos son sus pares. En tanto el objetivo del discurso marxista es una guía para cambiar el mundo, el de los académicos es, a lo sumo, una forma de describirlo. Más aún, las posturas marxistas (a la Cohen) que a veces adoptan algunos académicos terminan siendo siempre una coartada utilizada por la burguesía para deformar y combatir al socialismo científico. En el corazón de la crítica oportunista de los académicos contra el socialismo científico, se entrelazan en fecundo maridaje el relativismo e irracionalismo del pensamiento burgués y el eclecticismo filosófico de las tendencias revisionistas. De esta unión han nacido algunos híbridos (Habermas, los "marxistas analíticos" y otros variados especímenes por el estilo) que siguen reptando en el mundo académico como intérpretes válidos del marxismo. Los marxistas debemos ser intransigentes en la lucha contra estas especies "teóricas".

10. La historia de la lucha de los intelectuales institucionalizados contra el marxismo ilustra de la existencia de un estilo y de una estrategia que conforman un modelo que, originado en los centros académicos del mundo del capitalismo hegemónico, se ha expandido y ha sido adoptado en sus "periferias". Un paradigma de la trama estratégica del discurso académico contra el marxismo, se presenta en la obra más arriba citada del siempre bien ponderado y publicitado Jon Elster. Esa estrategia está estructurada por dos etapas y un epílogo.

La primera etapa comprende el operativo adulator: "(...)los fines de Marx eran generosos y liberadores..." (Elster, 1992. p. 208).

La segunda etapa comprende el operativo demoledor: "(...)el marxismo hace ya tiempo que agotó su crédito." (Elster, 1992. p. 23).

Veamos que nos obsequia como epílogo.

Con la pedantería propia de un académico al servicio de la burguesía, Elster epiloga su estrategia con una "tabla de sangre" contra el marxismo, determinando "urbi e orbi" *¿Qué vive y qué está muerto en la filosofía de Marx?* (Elster, 1992. pp. 194ss.). Enumeremos este "sumario conveniente", que nos presenta este filisteo que oficia de enterrador, de "los elementos del pensamiento de Marx (...) que están muertos, incluyendo algunos de los que se piensa ampliamente que están muertos y necesitan, por tanto, ser enterrados." (Elster, 1992. p. 194).

a) "El socialismo científico está muerto." (Elster, o.c., p. 196).

b) "La teleología y el funcionalismo están muertos." (Elster, o.c., p. 198).

c) "La teoría económica marxista está muerta..." (Elster, o.c. p. 200).

d) "La teoría del valor-trabajo es una ruina intelectual." (Elster, o.c. p. 200).

e) "La teoría de las fuerzas productivas y las relaciones de producción -quizá la parte más importante del materialismo dialéctico- está muerta." (Elster, o.c. p. 201).

Al final del obituario, quizá abrumado por el peso de tanto cadáver, el académico adopta una actitud condescendiente y muta su oficio de enterrador por el de taumaturgo, y sin más, procede "a resucitar" aspectos de la teoría que él considera - por supuesto, con salvedades-rescatables:

"Otras partes de la teoría de Marx no pueden declararse ni inequívocamente muertas ni inequívocamente sanas y vivas. Las teorías de la alienación, explotación, clase, política e ideología están, en alguna medida, viciadas por el pensamiento desiderativo, la explicación funcional y otras crudas arbitrariedades, pero también ofrecen intuiciones vitales y aun cruciales." (Elster, o.c. p. 201)

Después de leer esta venerable frase quizás haya que agradecerle ese rasgo de olímpica benevolencia. Pero, si tuviéramos la oportunidad de preguntarle, a él y a sus otros compañeros de ruta, quien les otorgó ese derecho de vida y muerte y nuestros buenos académicos se arriesgaran a ser sinceros, no hay dudas que su respuesta no podría ser más que ésta: *para eso nos pagan*.

### **Bibliografía citada en el texto**

- Bohm-Bawer, et al. (1978) *Economía buguesa y economía marxista*. 2a.ed. México, Ediciones de Pasado y Presente.
- Cohen, Gerald A. (1986) *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*. Madrid, Siglo XXI de España.
- Croce, Benedetto (1914) *Cultura e vita morale. Intermezzi polemici*. Bari, Gius, Laterza e Figli.
- Elster, Jon (1992) *Una introducción a Karl Marx*. 2a.ed. México, Siglo XXI Editores.
- Feinmann, José Pablo (1996) *Filosofía y nación*. Buenos Aires, Espasa-Calpe/Ariel.
- Foucault, Michel (1978) *Las palabras y las cosas*. 9a.ed. Madrid, Alianza Editorial.
- Habermas, Jürgen (1992) *¿Qué significa el socialismo hoy?* Buenos Aires, Editorial Almagesto.
- Habermas, Jürgen (1994) *Teoría de la acción comunicativa: complemento y estudios previos*. 2a.ed. Madrid, Ediciones Cátedra.
- Lenin, V.I. (s/d) *Materialismo y empiriocriticismo*. Notas críticas sobre una filosofía reaccionaria. Moscú, Editorial Progreso.
- Lenin, V.I. (1977) *¿Qué hacer? Teoría y práctica del bolchevismo*. Edición a cargo de Vittorio Strada. México, Ediciones Era.
- Marx, Karl (1987) *El Capital. Crítica de la economía política*. 16a.ed. 8v. México, Siglo XXI Editores.
- Marx, K. y Engels, F. (1957) *Correspondencia*. Buenos Aires, Editorial Cartago.
- Marx, K. y Engels, F. (1961) *Biografía del Manifiesto Comunista*. México, Compañía General de Ediciones.

- Moulines, C. Ulises (1982) *Exploraciones metacientíficas*. Madrid, Alianza Editorial.
- Roemer, John E., comp. (1989) *El marxismo: una perspectiva analítica*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Seligman, Edwin R.A. (1963) *La interpretación económica de la historia*. 2a.ed. Buenos Aires, Editorial Nova.
- Schumpeter, J. A. (1963) *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*. Barcelona, Ediciones de Occidente.
- Tugan-Baranowsky, M. (1915) *Los fundamentos del marxismo*. Madrid, Hijos de Reus, Editores.

